

de las miserias humanas; vosotros que recogéis en esas numerosas capitales los socorros con que alimentáis diariamente millares de desgraciados; vosotros sois quienes podeis decirnos si es bajo los pabellones de la filosofía, ó bajo los estandartes del cristianismo, donde reside el gran manantial de esos tesoros que esparcen incesantemente vuestras manos sobre la porcion indigente de vuestros rebaños, y van á buscar á la viuda desconsolada, al artesano enfermo, y al huérfano desvalido hasta los albergues mas oscuros é inaccesibles.”

“Aquí pongo fin, amado Filemon, á mis reflexiones sobre este asunto tan importante. En vez de entrar en prolijos pormenores, te he presentado grandes y sublimes motivos. Un corazon noble solo necesita ser ilustrado; por lo demas, él sabrá arreglar el rumbo de sus obligaciones. Pronto cumpliré el último artículo de mi empeño.”

CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL ANTECEDENTE.

El hombre religioso en la campaña.

“Si la religion, Filemon amado, no formase al hombre sino para adorar á su Criador en espíritu y en verdad, este efecto imperceptible de su ascendiente sobre nuestro corazon y sobre nuestras costumbres, podria ser solo una prueba equívoca de la injusticia y de la mala fé de los que se esfuerzan en hacernos ignorar su excelencia y sus ventajas. Mas si al mismo tiempo que nos restituye á nuestra primitiva comunicacion con el Ser infinito, y á nuestras relaciones naturales y necesarias con el cielo, reproduce nuestra correspondencia esencial con todo el cuerpo de nuestros conciudadanos, y dirigiendo-

nos por la parte que somos eternos, nos da todas las inclinaciones y virtudes que hacen nuestra existencia temporal la mas apta para la prosperidad y dicha de la generacion á que pertenecemos; ¿no será necesario convenir en que la verdadera clave de la política, igualmente que de la moral, no se puede hallar sino en el Evangelio; y que un filósofo que impugna la doctrina de Jesucristo, es tan mal especulador en materia de gobierno, como falso celador de los derechos de la razon y de la verdad?”

“Todos los que han escrito con acierto sobre lo que conviene á la gloria, á la felicidad y á la duracion de los imperios, han reconocido que el resorte y el alma de la fuerza pública se encierran en la perfeccion de la agricultura, y en los progresos y estimacion de las artes útiles á las verdaderas necesidades del hombre. Aun la filosofía de nuestros dias, á pesar de lo cómoda é indulgente que es sobre todos los puntos de las obligaciones humanas, no puede menos de confesar que el lujo, exaltado hasta el punto en que le vemos al presente, es una terrible señal de la ruina entera de las naciones; y que la capital que atrae y absorve sin cesar el fruto de los sudores del labrador y del artesano, y á donde los que poseen los fondos y haciendas, van á devorar de una vez el producto lento y penoso de sus propiedades descuidadas y abandonadas, viene á ser insensiblemente el sepulcro de la industria y del trabajo, que son los que únicamente contribuyen al engrandecimiento y perpetuidad de una potencia.”

“Mas sin internarme demasiado en estas consideraciones, que no son propias de mi asunto ni de mi estado, te haré observar, como de paso, que solo debe esperarse del Evangelio el remedio del mal que desola los pueblos, y la regeneracion de las costumbres que afianzan su felicidad; que hay una inconsecuencia y una contradiccion imperdonable en deplorar los desastrosos efectos de un

lujo, en donde todo se abisma al mismo tiempo que se procura inspirar á los hombres el disgusto hácia una religion que une la felicidad de la vida presente y de la futura, y el hábito de reprimir sus insaciables deseos y de vivir en la sencillez, en la sobriedad y en la justicia, esperando el cumplimiento de la venturosa esperanza, y la venida de la gloria del gran Dios.”

“Ningun sistema, sino el de Jesucristo, destruye el lujo en su raiz y primer gérmen. Todos los demas dejan subsistir dentro de nosotros el principio que nutre y aumenta su tiranía; porque ninguno nos ofrece en el sacrificio de los placeres costosos y superfluos, en la práctica de la moderacion y de la frugalidad, la verdad y la plenitud de la grandeza y de la dicha que el hombre vano busca en el conjunto, variedad y multitud de objetos de que se cerca, y de los deleites de que se sacia. La tendencia esencial de la naturaleza humana, es resistir con toda su fuerza á su inestabilidad, á su declinacion y á su debilidad; esto es, asirse á todo, fortalecerse con todo, y apropiárselo todo, para hacerse de este modo poderosa, independiente y duradera. He aquí el foco de nuestra actividad y de todas nuestras pasiones. Este sentimiento es profundo é indeleble, porque está íntimamente unido con nuestra constitucion; y todo aquel que siente su existencia, quiere siempre mejorarse y aumentarse, si decirse puede, con todo cuanto juzga propio para sostener su fragilidad, ó distrae su vista de la muerte ó de la nada.”

“No se debe pensar en aniquilar en el corazon del hombre una disposicion que le era tan íntima como el movimiento y la vida. Toda naturaleza racional se esfuerza esencialmente á darse amplitud y consistencia, y aspira á la perpetua duracion. La pasion de haberlo todo, de poseerlo todo, y de devorarlo todo, no es mas que la ciega é irracional aplicacion de este esfuerzo por adquirir el complemento y la perpetuidad de la existen-

cia: de modo, que nuestra mas profunda miseria es uná señal palpable de la grandeza de nuestro origen y de la alteza de nuestro destino, y el deplorable aparato de este lujo, que todo lo corrompe y mina sordamente los cimientos de los mas florecientes imperios, publica bien claro la necesidad que el hombre tiene de hacerse creer á sí mismo que es poderoso, inmortal y eterno. Porque á la verdad, el opulento que hace disponer y colocar al rededor de sí tantas alhajas preciosas y tantos muebles riquísimos, no se cree mas fuerte, mas estable ni mas feliz que el resto de sus semejantes, sino por la ilusion que le incita á mirar todo su boato y magnificencia como una extension de su ser, y como un segundo principio de vida que prolonga su existencia y duplica los recursos contra su destruccion.”

“El verdadero secreto para reducir al hombre á la moderacion y á la sencillez de los placeres tranquilos é inocentes, no es el de desvanecerle sus ideas de grandeza, ni sofocar sus deseos de poder, de permanencia y de infinitud; por el contrario, es el de afirmarle en su ardor y en su esfuerzo por llegar á esta elevacion, y adquirir este gran carácter de fuerza y de inmutabilidad á que se dirigen todos los proyectos, todos los afanes y todas las pasiones que le consumen; es el de sustituir á su vista la realidad y la sustancia de las cosas al fantasma que le engaña; es el de presentarle la verdad, en vez de su simulacro; aclararle el confuso deseo de su alma; dirigir su anhelo de ser y de tener conforme á un órden de fruiciones, en el cual no puede perecer realmente, en el que su propension la mas imperiosa y halagüeña se halla coronada en toda la extension de su admirable energía, y en el que contribuye á su felicidad todo cuanto hay en el cielo y en la tierra.”

“Mira ya, Filemon, cómo estamos en el Evangelio. Jesucristo, en vez de clamar estérilmente, como han he-

cho en todos tiempos los que han ostentado una vana filosofía sobre la injusta repartición de las comodidades de la vida, y sobre la fatalidad que tiene esclavizados millones de hombres al capricho de un corto número de poderosos estúpidos é inútiles, acude directamente al origen de las pasiones destructivas de las sociedades, y hace servir la mas fuerte de todas, cual es la de adquirir la infinidad y la inmortalidad en el existir, para desengañarnos y distraernos de todos los anhelos y pretensiones del lujo y del orgullo. En vez de hacer resonar en nuestros oídos los fastosos nombres de *patria*, de *humanidad* y de *igualdad*, nos manifiesta claramente el engrandecimiento y el progreso de nuestro ser en aquello mismo que nos parece estar nuestra degradación, y nos conduce á todas las privaciones de la vida sencilla, frugal y modesta, por medio del mismo interés que nos anima al apetito de las superfluidades, y torna insaciable nuestra ansia de poseer. No se empeña en combatir esta propensión que nos arrastra en busca de un punto de apoyo en que podernos fijar, salvando nuestra existencia de la necesidad de disminuirse y acabarse; por el contrario, se vale de nuestra misma eternidad para justificar el rigor de las privaciones que nos prescribe. Aprueba y confirma la extensión y ardimiento del deseo que nos estimula á fabricarnos asilos contra el poder destructor del tiempo, que pretende aniquilar nuestra naturaleza. Solo ataca al error que nos ilude en la ejecución de este gran movimiento de nuestra alma. Anima nuestros esfuerzos para elevarnos hasta la altura de un estado permanente, inmutable y defendido de todas las vicisitudes que padecen las demas criaturas, anunciándonos que esta es una pasión que tiene su origen en la verdad de los planes de Dios, y que nosotros hemos nacido para una grandeza igual al deseo infinito de nuestro corazón. Solo nos advierte, que todo ese perecedero conjunto de co-

sas, á que nos adherimos con tanto afán, no es seguramente lo que nosotros buscamos; que no es esto todo lo que nuestro corazón nos pide; que no hacemos mas que recargarle y sofocarle; que queriendo fortalecer y aumentar su estabilidad, solo ocasionamos su decadencia y su ruina; que nuestro esfuerzo y anhelo por existir y durar, no puede sacar provecho de lo que no puede unirse ni incorporarse con nuestra sustancia; que ninguna causa perecedera puede darnos la consistencia y la eternidad; que solo hay un camino que nos conduce á este fin tan glorioso y tan vivamente deseado; que este camino es el gusto puro é íntimo de la soberana verdad, de esa gran luz que existía antes de la creación del tiempo, que todo lo llena, que lo ilustra todo, que se comunica á *todo hombre que viene á este mundo*, haciendo circular en nosotros el esplendor de Dios; y que nos ingiere en su infinidad, y en lo inmenso y perpetuo de su vida y de su gloria.”

“De este modo, el Legislador del cristianismo, ilustrándonos profundamente sobre el verdadero origen de nuestras pasiones, y sobre nuestros errores en la elección de los objetos en que nos sumergimos, por darnos una existencia mas amplia y mas sólida, nos fuerza, por decirlo así, á volver á entrar en la sencillez de la sobria é inocente naturaleza, y contribuye con un acierto, de que ningun filósofo ha dado ejemplo, á la felicidad de todos los estados y de todas las sociedades de la tierra, al mismo tiempo que parece que se ocupa tan solamente en formar la sociedad eterna de la otra vida.”

“Poned al hombre en un estado tal, que no cuide de que su deseo de existir, de gozar y de durar, se cumpla plenamente; vereis apagada de una vez en su alma esa sed de elevación, de riquezas y de placeres que causa la decadencia y la ruina de las naciones. El lujo no es mas que el mudo y confuso anhelo de la infinidad que la religión nos anuncia; es el suplemento estéril y engañoso de

la gran fuerza con que Jesucristo viene á incorporarse á todo el género humano. Todo cuanto forma nuestra noble especie, camina á adquirir poder; todo quiere engrandecerse, elevarse y mandar; todo quiere afianzarse y hacerse fuerte contra el torrente que lleva tras sí las generaciones y los siglos. De lo cual resulta, que reproducir en el corazón del hombre el claro sentimiento y la certeza inmutable de su unión con lo infinito, y de su inseparabilidad del Ser Supremo, en quien se halla la plenitud, la inmutabilidad y el complemento de la existencia, es entre todos cuantos sistemas ha imaginado el amor del orden y de la bienaventuranza universal, después del establecimiento de las sociedades, el mas sublime, el mas profundamente calculado, y el mas victorioso para lograr la entera destrucción de las voraces pasiones que desolan y consumen todos los imperios del universo (1).”

“No, Filemon, nunca se repetirá demasiado; un hombre de bien, un virtuoso y buen ciudadano, un verdadero sábio es esencialmente cristiano en el corazón; y cuanto mas se analice el grande y sólido carácter que distingue al Evangelio, y sus universales ventajas para la paz y felicidad del mundo, lo cual le hace el único libro digno de ser el código de todos los gobiernos de la tierra, tanta mas dificultad cuesta suponer buenas intenciones en los que le combaten, y encontrar la línea de separación entre un filósofo irreligioso, y un peligroso y mal ciudadano.”

“Si la religión te ha hecho descubrir en el espíritu y la doctrina de Jesucristo una solidez que jamas habías percibido; si ella te ha apartado de los placeres, en que no sabe el hombre moderarse; si te ha hecho amar las

(1) Este secreto de Jesucristo se halla explicado con estilo mas evangélico en el Cap. IV, el cual deberá volver á leerse, para aplicar lo que allí se dice al asunto que se trata en el presente.

frucciones honestas, y buscar la sobriedad en todas las cosas, es porque te ha hecho un hombre mas sensato y honrado, y te ha reducido á los verdaderos principios de los deberes naturales y de las obligaciones sociales. Ella nada ha mudado en el fondo y constitución íntima, de donde nacen todos los deseos y todos los movimientos humanos; no ha hecho mas que descubrir y especificar lo que desea tu corazón, y á lo que pretende unirse. No por gozar menos reduce el discípulo de la fé sus necesidades, y cercena todas las miserables demasías con que la mortalidad humana pretende encubrir su indigencia; sino para mejor gozar y proveer mejor á la necesidad que todo hombre siente de adquirir aumento y fuerza. El austero solitario, que vive en el fondo de su gruta salvaje con la desnudez y desfallecimiento de las maceraciones, no es animado sino del deseo de llegar al nivel del infinito y hacer su existencia perpetua. No se diferencia del hombre opulento y sensual, que acumula al rededor de sí todo cuanto puede lisonjear sus gustos y su orgullo, si se los considera á entrambos por el lado del primer movimiento que los determina. Ambos son impelidos por un mismo interés primitivo, y los hábitos mas contrarios vienen á hallarse y reconcentrarse en una misma raíz.”

“Tú lo has experimentado, Filemon; el hombre pacífico, inocente y moderado en el uso de los placeres de la vida, lejos de menoscabarse y perder su verdadera consistencia, halla en el fondo de sí mismo, como una respuesta de firmeza y perpetuidad que forma el mas dulce encanto de su vida. Juzga tú por la realidad del placer, que al presente gustas en la paz de los campos, y por la solidez del bien que en ellos haces, de la dicha que redundaría al mundo entero de la conversión de todo el género humano á Jesucristo. La idea de un universo feliz, el sueño de la edad de oro, todas las suposi-

ciones que puede concebir el hombre para figurarse el reino de su felicidad y el estado perfecto del género humano, todas estas imágenes ¿se acercarian á la verdad y belleza del espectáculo que nos ofrecería la faz de la tierra, si ésta no fuese habitada y gobernada sino por hombres formados, según el espíritu y los principios de una filosofía tal como la del Evangelio? Los pocos monumentos que ya existen del acierto de tus miras, y de la utilidad de tu residencia en medio de ese buen pueblo que cultiva tus dominios, ¿no es, á la verdad, una contestación bien palpable de lo que sirve para la felicidad de muchos hombres el cristianismo de uno solo? Apenas te presentas en la campaña, promete en ella tu presencia la alegría, la felicidad y la abundancia. Tu vista empieza á vivificar lo que estaba muerto y decaído. Al punto se ve por todas partes al arado fertilizar las tierras incultas, ó medio cultivadas por la negligencia y la pobreza de tus colonos, que faltos de arbitrios y de recompensas, estaban igualmente escasos de valor y de celo por la perfección de la agricultura. *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies de aquel que anuncia la prosperidad, la paz y la salud universal!* Con este sublime rasgo nos pintaba en otro tiempo un Profeta el mas bello y mas resplandeciente carácter del ministerio del Mesías. ¡Oh Filemon! el pueblo ingenuo, cuyas labores diriges al presente, usará de este patético lenguaje para celebrar su felicidad y tus virtudes. Sí, solo en la pintura de la verdadera grandeza del hombre Dios, podrá hallar el reconocimiento y júbilo de esos corazones sencillos y tiernos la expresión de sus bendiciones y de sus humildes rendimientos. Luego que te vean recorrer esos áridos y desiertos collados, que su industria habrá transformado en fértiles jardines, exclamarán contemplándote con una religiosa veneración: *¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del que nos ha traído la salud y la paz!*

“Ya me parece que veo á los padres abrazar trasportados de gozo á sus esposas y sus hijos, y congratularse con la esperanza de multiplicarse aún, sin temer que la tierra falte á sus cultivadores. Este pensamiento me recuerda la halagüeña imagen de que el inmortal Fenelon se vale en su *Telémaco*, para inspirar el horror al lujo, y el amor á las labores del campo. “Cuantos mas hijos, “dice, tienen los labradores, tanto mas ricos son, porque “desde su mas tierna edad empiezan á ayudarles. Los “mas jóvenes llevan á pastar los carneros, los de mayor “edad cuidan de los grandes rebaños, y en fin, los mas “adultos trabajan juntamente con su padre. Entre tanto la madre y toda la familia preparan una sencilla comida para su esposo y para sus amados hijos, que deben venir fatigados del trabajo del dia; cuida de traer “las vacas y las ovejas, de cuyos pechos se ven correr “arroyos de leche; hace una gran hoguera, al rededor de “la cual se divierte en cantar por las noches, esperando “el sueño, toda la inocente y pacífica familia; provee la “mesa de sabroso queso, de castañas y de otras frutas, “conservadas con la misma frescura que si se las acabase de coger del árbol. El pastor viene con su flauta, y “canta á la familia junta las nuevas canciones que ha “aprendido en las vecinas alquerías. El labrador entra “con su arado, y sus cansados bueyes vienen, inclinado “el cuello, con paso lento y tardío, á pesar del aguijón “que les arrea. Todos los males del trabajo acaban con “el dia. Los vapores agradables, que el sueño esparce “sobre la tierra por orden de los dioses, calman con sus “hechizos todos los negros cuidados, y tienen la naturaleza toda en un dulce encanto. Cada cual toma el sueño, sin curarse de los trabajos del siguiente dia. ¡Felicites estos hombres, sin ambición, sin artificio y sin desconfianza, á quienes los dioses dan un buen rey, y cuya “ya inocente alegría no es perturbada por el orgullo y la

“molicie de ciertos hombres, que hacen gemir á otros muchos bajo el yugo de una espantosa pobreza!”

“¡Qué dia tan hermoso, Filemon, se veria de repente brillar sobre la faz de toda la tierra si la virtud y el celo del verdadero bien presidiésen en ella, como lo hacen en ese ángulo del mundo que tú posees; y si todos los que tienen riquezas y poder adquiriesen las luces y los sentimientos que te animan al presenté! Sentimientos que no has adquirido, ni en las instrucciones, ni en el trato con ningun filósofo; y que no habrias hallado jamas si no hubieses buscado á Jesucristo. ¡Qué delicia para un corazón generoso y sensible no ver al rededor de sí sino hombres justos, buenos y dichosos, y ser solo la causa de una felicidad tan pura! He aquí las satisfacciones del ciudadano. Veamos ahora cuáles son las del cristianismo.”

“Solo en la campaña manifiesta la naturaleza toda su magestad y todos sus hechizos á los ojos del sábio, cuya alma es bastante grande para apreciar la magnificencia y la riqueza de su sublime espectáculo: mas ella en ninguno parte es verdaderamente hermosa y apta para penetrar nuestros corazones de un sentimiento puro é íntimo, sino cuando se la contempla á la luz de la religion. Si queremos, ¡oh gran Dios! recorrer esos inmensos espacios, y extender nuestra vista por esos elevados cielos y por la infinita llanura de esos mundos, todo es tenebroso, todo está muerto al rededor de nosotros, si separamos á Jesucristo del universo; y el sol mismo, que esparce sobre él un resplandor y unos colores tan variados y vivos, nos ilustra menos sobre la verdadera excelencia de los objetos con que la naturaleza hiere incesantemente nuestros ojos, que una sola palabra de la profunda y admirable filosofía del Evangelio.”

“Nosotros, Filemon, hacemos á toda hora ciertas reflexiones sobre los deseos y propiedades del corazón humano, que nos descubren una grande y sólida verdad, á

saber, que todas nuestras ideas de lo bueno, de lo útil, de lo bello y de lo excelente, nos vienen de la armonía que percibimos entre las cosas que están fuera de nosotros, y este esfuerzo de existir, de conservarnos y de durar, que sentimos tan vivamente en nuestro interior. Para que un objeto excite en nosotros un sentimiento agradable, es necesario que lisonjee, confirme y justifique nuestra propension á la perpetuidad, y que la satisfaga en cierto modo. El placer que causa la vista de las fértiles campiñas, de las ricas cosechas, de las amenas praderas, y de los abundantes y hermosos viñedos, no es otra cosa que la certidumbre de un socorro siempre renaciente para la subsistencia de todo cuanto respira; es la idea de una fuerza que viene á unirse con nosotros, y que parece nos responde de nuestra estabilidad. Todas estas cosas son como unas prendas magníficas de garantía, y unos simbolos placenteros de fecundidad y de perpetuidad, que favorecen nuestro mas violento deseo, y desvanecen el mas importuno y turbulento de todos nuestros temores.”

“Mas solo en el hombre, á quien Jesucristo ha dado los ojos de su sublime sabiduría, es donde se halla este placer puro y sin mezcla de ningun sentimiento amargo. Continuamente viene la tumba á ofrecer al hombre, en medio de sus mas dulces é inocentes placeres, ideas molestas y melancólicas que le abaten y consternan. Ve que todos cuantos cuidados toma la naturaleza para alimentarle y conservarle, terminan bien pronto en sepultarle en el abismo de la eternidad y de la nada. Hasta el mas débil arbusto, que el viento agita sobre la cima de los montes, cuenta mas larga vida que él. En efecto, ¡qué le anuncian esas viejas encinas, cuyas raices penetran hasta el corazón de la tierra, y cuyas ramas van á confundirse en el azul del firmamento? Que él solo perece en la naturaleza; que todo es perturbable en el universo,

á excepcion del ente que lleva en su interior el sentimiento y el deseo de la inmortalidad. Esa háya, esa roca, esa montaña, han visto nacer y pasar generaciones, y subsisten aún; nuestros padres las han visto, nosotros las vemos tambien, y aun nuestros descendientes las verán largo tiempo despues que nosotros hayamos desaparecido. Esa yerba tan tierna y frágil como la vemos caer al impulso de la hoz, que se marchita y deseca á los rayos del mismo astro que la habia hecho verdecen, crecer y madurar, deja al morir su fuerza y su vida en el seno de la tierra, de la cual se la volverá á ver salir con lozanía para vestir y adornar su superficie. ¿Mas qué digo? cuanto hay al rededor de nosotros mas imperceptible y mas contiguo á la nada, participa de esta inmortalidad universal, y parece que no puede haber cosa alguna sobre la tierra, por pequeña que sea, que no avergüence al hombre de su nada. Esos vapores tan faltos de solidez; ese humo que se eleva desde los hogares de las cabañas ó de la superficie de los arroyos, este símbolo de la nulidad y de la nada, á quien se compara todo cuanto es momentáneo y fugitivo, aunque se dispersa y evapora por los abismos del espacio, no desaparece, sin embargo, de la masa de los séres: solo padece una mudanza de lugar; va á aumentar esos lagos que vemos suspensos sobre nuestras cabezas, preparados para regar nuestros campos y colonias, mantener perennes los manantiales de las fuentes y de los pozos. Así la naturaleza, que ha marcado con un carácter de eternidad todo cuanto lleva en su seno, solo ha exceptuado al hombre de esta ley, que se ha cumplido desde el principio del tiempo. No hay en el universo una fuerza capaz de destruir la gota de agua que ves brillar al través de los rayos del sol en los pámpanos de las colinas; ¡y tú, ente sublime, tú que mides y pesas este universo; tú, cuya industria ha ayudado tanto á su magnificencia; tú que abrazas todos los tiempos y todos

los espacios; tú, que has llegado á descubrir mundos de fuego, sumergidos y ocultos en las espantosas concavidades de los cielos; tú, que tocas lo infinito, y que te has elevado hasta las regiones situadas donde reverbera mas particularmente el resplandor divino, es fuerza que vengas á ser nada, y que tu último movimiento sea tu caída en el horror de una destruccion irremediable!”

“Si estas afflictivas reflexiones se presentan al espíritu de alguno de nuestros filósofos irreligiosos, que se glorían de amar la campaña, ¡cómo podrán gozar en ella un solo momento de verdadero placer! Pero si no reflexionan, es preciso añadir, que el contento que ellos experimentan es de una especie bien poco delicada y filosófica. Verdaderamente es mas feliz un pagano, y goza mejor de las delicias de la vida campestre. El espectáculo de la naturaleza es á sus ojos la imagen y el principio de su futura felicidad. Los gentiles quieren mas forjarse una vida futura, semejante á la economía del universo, que unos sistemas que habrian turbado todo el placer que sienten en admirar las maravillas de Dios, y en cultivar sus campiñas. La idea de sus campos eliseos tiene su origen en nuestro antiguo y natural deseo de eternizar nuestros mas verdaderos y mas dulces placeres; y han creído que no podian animar mas eficazmente á la virtud, que ofreciendo la perspectiva de los olorosos bosques, de las praderas siempre renacientes y floridas, y de los arroyos cristalinos que riegan aquellos amenos sitios destinados á ser la morada eterna de los justos.”

“Si las costumbres campestres de los antiguos patriarcas nos ofrecen una pintura mas interesante y mas amable que la de las otras naciones de la antigüedad, es porque en ellos son mas puros y vivos los sentimientos religiosos, y la esperanza de la inmortalidad mas clara y mas fundada. Todo es risueño en la naturaleza para quien